

EL HUEMUL (*)

POR

Enrique Ernesto GIGOUX

Jefe de Sección del Museo Nacional

Cuando se lee el “Compendio de la Historia Geográfica y Natural del Reino de Chile”, por el Abate Dn. Juan Ignacio Molina, cuya muerte conmemoramos hoy, nos llama la atención su estilo, nos interesa su mentalidad y todo lo que dice.

Este primer naturalista chileno escribió lejos de su patria la primera Historia Natural de Chile, con más recuerdos, datos e informaciones, que material objetivo. Primicia científica para nosotros y homenaje afectuoso para su país distante que jamás olvidó, y dió a conocer entonces.

Ya sabemos la forma, graciosa hoy, en que dividió y planteó su Historia Natural del Reino de Chile, como la llamó.

Recordemos que la Botánica la dividió en cinco partes: Yervas, Cañas, Yedras, Arbustos y Arboles.

Clasificación vulgar y nada filosófica, dice el mismo sabio, pero más acomodada y más oportuna para dar una idea sucinta de las producciones vegetales de aquel Reino, termina diciendo.

Y refiriéndose a este arreglo de su obra dice en la pág. XI de su prefacio: “He acomodado estos seres y cosas a los géneros establecidos por el célebre Caballero Linneo, y cuando ha sido el caso he formado otros nuevos siguiendo su método; pero, he tenido por conveniente no adoptar su modo de distribuirlos, pareciéndome poco adaptable a la naturaleza de esta obra; bien que para reparar esta falta he puesto al fin un catálogo en el cual se encontrarán todos los seres y cosas colocados por las clases y por los órdenes de aquel gran naturalista; pero prevengo que en lugar de sus divisiones me he valido de otras más familiares y

(*) Leído en sesión pública de la *Sociedad Chilena de Historia Natural*.

más acomodadas al corto número de objetos que yo describo y que no sirven para otra cosa que para dar algún orden a mi narración”.

Vemos, pues, que el ilustre Abate, se daba libertad para cambiar y modificar nombres de especies y géneros.

Así, los mamíferos los dividió en Digitales y Cornípedos, subdiviendo a los primeros en Palmípedos y Fisípedos.

Y de entre las descripciones de este grupo, una de las más interesantes y original es la que dedica al Huemul, dice:

“El Güemul o Huemul, *Equus bisulcus*, es un animal acreedor tal vez a formar un género separado; más yo lo coloco en el del caballo, porque a excepción de las uñas, que son hendidas como las de los rumiantes, tiene todos sus caracteres genéricos. En efecto, conviene con él en la naturaleza, número, orden y en la disposición en que tiene la dentadura: bien que en la forma, en el cuerpo, en el pelo y en el color se parece de tal modo a los burros, que a tener las orejas largas como él y no de la hechura de las del caballo, se equivocarían mutuamente unos con otros; aunque también se diferencia en no tener la cruz negra sobre la espalda. La cabeza, el hocico, los ojos, el cuello, la espalda, las ancas, la cola y las patas, se diferencian únicamente de las del burro en no ser tan fuertes sus lineamentos: tampoco se desvía mucho de él en la estructura interior; pero su voz se parece más bien al relincho de los caballos que al rebuzno del burro. Este es aquel desconocido animal que dice Wallis haber visto cuando pasaba el Estrecho de Magallanes: es más montaraz y de carrera más veloz que la Vicuña; gusta de habitar entre los precipicios más peligrosos de la cordillera por cuyo motivo es muy difícil y arriesgada su cacería; por último parece que el Güemul es el anillo que liga y une los cuadrúpedos rumiantes con los patiredondos”, págs. 364-365.

De la lectura de este párrafo se desprende la seguridad que esta descripción y apreciaciones, como mu-

Las otras de su obra, las hizo de memoria, con datos erróneos o aproximados que recibió. Y basta leer esto para estar de acuerdo en que el ilustre naturalista no vió nunca al huemul, y dió crédito a las relaciones, no dando mucha importancia a la bondad de ellas.

I

Así vemos que a un ciervo, como es nuestro huemul, lo hizo caballo. Pero, lo dió a conocer y lo describió, aunque fuese a su manera y con los conocimientos que puedo obtener en su época.

Este animal descrito así por el Abate Molina, en forma tan rara y respecto de un ser considerado fabuloso, aumentó sus dudas sin disipar ninguna, porque el huemul tiene más leyenda que historia y hubo más ignorancia que conocimientos de su vida y sus costumbres, naciendo de tales deficiencias huemules curiosos: bravíos o mansos, de muchos cuernos, de uno solo en la frente o de dos bifurcados; de pelaje variado y tallas diversas; bajados de las cumbres agrestes o paciendo en los campos.

Algunos negaron la existencia del huemul; otros dudaron de ella confundidos por los contradictorios atributos con que los armara o adornara la imaginación campesina, la informalidad y la siempre común tendencia a exagerar cuando no se posee un espíritu realmente científico.

Tal vez ninguno de los cuadrúpedos chilenos ha sido más discutido y creo es uno de los últimos en conocerse bien.

Dn. Claudio Gay supo muy poco de este animal.

Dice: "Los Güemules son muy raros en Chile y no frecuentan más que los altos vericuetos de las cordilleras, desde la provincia de Colchagua hasta la de Concepción, escapando con una rapidez solamente comparable a la del vuelo, a las persecuciones de los cazadores o de cualquier otro enemigo. Sólo los vaqueros tienen ocasión de verlos muy raramente y a gran distancia.

Los machos tienen, según se dice, dos cuernos pequeños y bifurcados".

No puede darse una referencia más vaga, y sin hacer ningún esfuerzo, hay que deducir que no conoció al huemul adulto, pues, se sabe que sólo una vez vió uno muy joven.

Fué el Dr. Philippi, el organizador y conservador de este Museo, el naturalista que dió los primeros mejores datos de este ciervo chileno.

“Es ahora muy sabido, dice, que el célebre animal fabuloso descrito por Molina como un caballo de pezuña partida y denominado por este motivo *Equus bisulcus*, no es otra cosa que una especie del gran género *Cervus* y que no tiene absolutamente nada de caballo”.

Agrega que el año 1851 el huemul se encontraba en el río Cachapoal, como límite norte de la región habitada (teniendo al Estrecho de Magallanes como límite sur), pero que en 1890 había desaparecido, siendo necesario buscarlo mucho más al sur.

Eran comunes en la Hacienda de Cauquenes y vecindades.

“Varias veces entonces los huemules pastaban junto con los animales vacunos y bajaban con éstos hasta entrar a los corrales, cuando en otoño se rodeaba el ganado de la cordillera para las invernadas de las llanuras bajas.

Habita las altas cordilleras, pero descendiendo hasta el mar en las costas de la Patagonia occidental”.

Pero el que mejor aún y más ampliamente ha dado detalles del huemul, fué nuestro malogrado colega Sr. John A. Wolffsohn, quién en un trabajo publicado en la “Rev. Ch. de Hist. Nat”, en Julio de 1910, y después de dar muchos datos sistemáticos dice así: “Este año ví en Ultima Esperanza, en las inmediaciones de “Tres Pasos”, un ejemplar que tendría más o menos un metro de alto en la espalda.

Parece que hace relativamente pocos años, este venado aunque raro en las provincias centrales del país, habitaba en ellas la cordillera alta de la misma parte en que aún hoy día se ven guanacos. Sus costumbres en las partes no habitadas de los canales magallánicos,

adonde es todavía bastante frecuente, demuestran que es allá un habitante de las regiones cubiertas de bosques tupidos.

No tiene la costumbre de huir con gran velocidad al acercarse los cazadores, sino que confía en la gran dificultad de verlo en el bosque y permanece inmóvil aún a pocos pasos de distancia de sus perseguidores. A menudo no corre, ni siquiera después de los primeros disparos del cazador, y es por eso relativamente fácil de cazar sino fuese por la dificultad que ofrece el paso por las selvas que frecuenta.

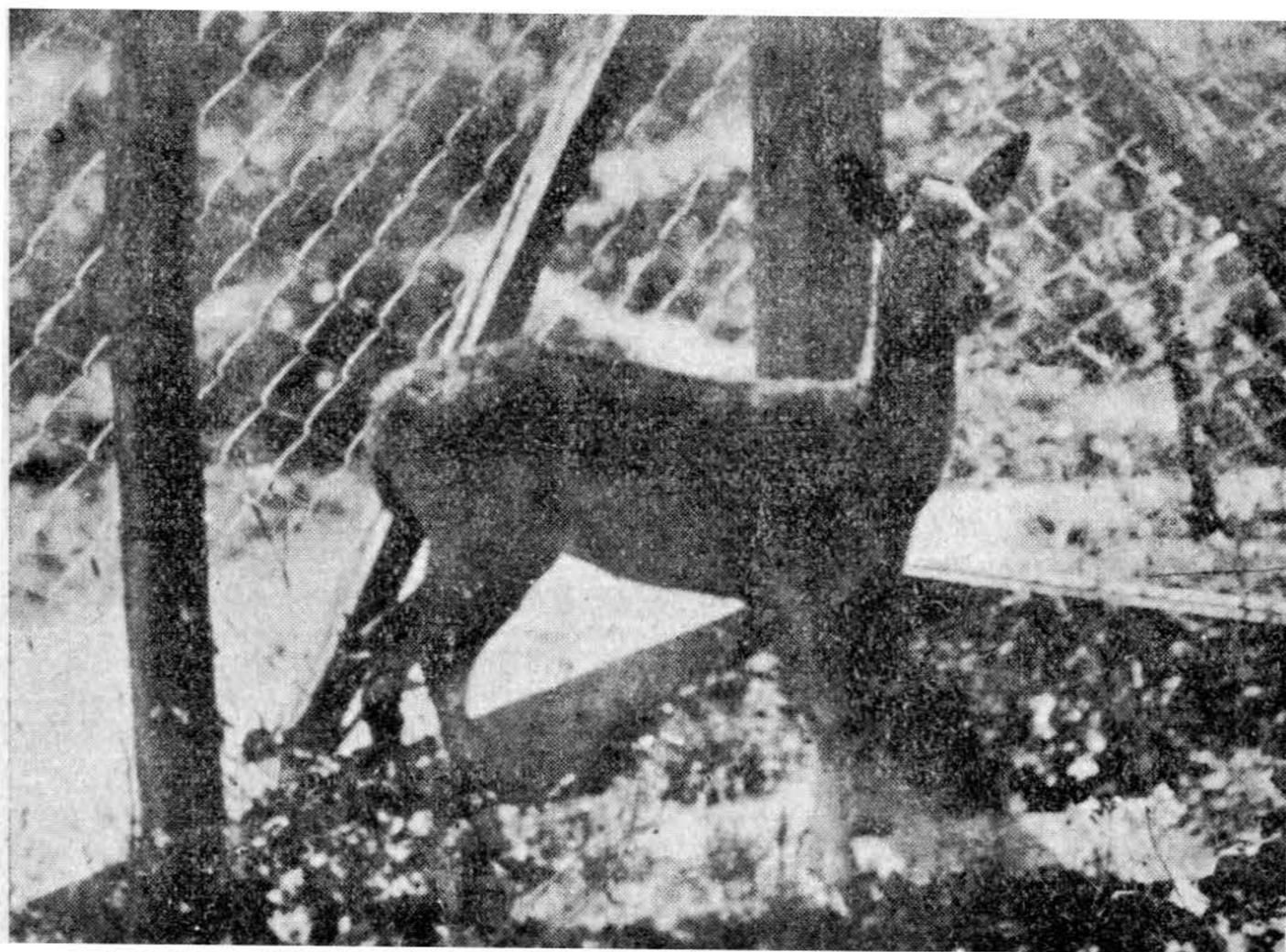


Fig. 110.—*Hembra joven de Huemul*, conservada en el Jardín Zoológico de Concepción.

Su carne tiene un gusto exquisito, muy superior a la del venado europeo.

En Ultima Esperanza y en el Lago Argentino hay varios estancieros que sólo con no darle caza nunca en la inmediata vecindad de sus habitaciones, le han acostumbrado a acercarse a sus casas, especialmente en el invierno, dándole de comer desde los balcones.

Es probable que en las regiones más al norte, adon-

de se le ha cazado desde muchos años y probablemente siglos, esta especie es menos confiada que en el extremo sur.

A pesar de la posición favorable para la defensa en que se dirigen las puntas de sus cuernos, todas hacia adelante cuando baja la cabeza, este ciervo no es bravo en la lucha, y es difícil que herido haga frente a los perros.

Y el explorador y naturalista inglés H. Hesketh Prichard en su obra "Through the Heart of Patagonia", Cap. XVII y XVIII, dice:

"De los animales de caza de la Patagonia el menos conocido es el ciervo de los Andes. *Xenclaphus bisulcus*.

Mis observaciones respecto al huemul demuestran que su actitud hacia el hombre es de curiosidad y de confianza.

Sin duda, el caso más notable de la mansedumbre de este animal fué uno que me sucedió. Más o menos a medio día, sentí partirse un palo seco bajo la pisada de algún animal, y en seguida apareció un huemul macho. No me vió, pero se quedó atento escuchando el ruido de mis movimientos. Hice que no lo había visto y continué mi marcha hasta un poco más allá, para arrojarme al suelo en seguida, entre el pasto alto para esperar lo que viniera.

El animal bufó dos o tres veces y avanzó hasta unos treinta pasos de donde estaba, acompañado por dos hembras, a las que una tercera se les unió al poco rato. Permanecí inmóvil.

El macho se detuvo, pero las hembras se acercaron lentamente hasta quedar a muy pocos metros de distancia. El macho que tenía cuernos de cuatro puntas, se acercó hacia mi derecha y luego las hembras se aproximaron tanto que casi me tocaban, y una de ellas comenzó a olfatear mis botas, pero, saltó de repente asustada para atrás, movimiento en que la acompañaron las otras.

No demoraron en acercarse nuevamente y el ma-

cho llegó hasta un metro de mí y bajó los cuernos como para darme vuelta.

Poco me gustó la acción, porque pudo haber significado algo más que un empujón suave, así es que me enderezé con lentitud. Los huemules se retiraron hasta unos treinta metros donde quedaron mirándome largo rato.

Viendo que no querían acercarse otra vez, me levanté y continué mi camino. Las hembras me siguieron unos cincuenta pasos, pero el macho quedó parado donde estaba. Por fin los cuatro volvieron grupas y se internaron a los bosques de donde habían salido.

En la vecindad del Lago de Buenos Aires observé por primera vez este hermoso ciervo. Al sur del río de Los Antiguos encontré varios.

Mi guía me dijo que el huemul se halla por el norte hasta la colonia galense de "16 de Octubre", latitud 43°; al sur llega hasta el Estrecho de Magallanes.

El límite oriental donde habita puede estimarse en los contrafuertes de los Andes. El Dr. Francisco de Paula Moreno, dice, sin embargo, que se han visto en los cerros vecinos a Puerto Deseado, en la costa del Atlántico.

Durante el verano los huemules abandonan las tierras bajas donde los molestan los zancudos y suben la cordillera hasta la línea de las nieves y aún más allá.

Y en esta época forman pequeños grupos de dos o tres, raras veces más; pero en invierno se reúnen en manadas.

Estos animales tienen la costumbre de salir de las selvas al anochecer y por la mañana, pero por la tarde se internan y a menudo se echan. Los he encontrado en las márgenes de las densas selvas de las faldas que bordean los lagos.

Son excelentes nadadoras y cruzan los anchos brazos del Lago Argentino, sin recelo.

En Diciembre mudan el pelaje y en esto los machos se adelantan a las hembras. En la misma época mudan también sus astas.

No puedo decir si se domestican fácilmente en cautiverio, porque no encontré nunca huemules en poder de los hombres. Pero sé que donde han sido cazados son excesivamente tímidos y huraños.

Los enemigos comunes del huemul son los pumas, los zorros magallánicos y el hombre civilizado. Los indios no los cazan, porque en las selvas sus caballos y sus boleadoras son prácticamente inútiles. Sólo los persiguen cuando los encuentran en tierra abierta”.

Ya con las narraciones de éstos y otros observadores, se sabe de la vida y costumbres de este animal interesante, magnífico ejemplar de la fauna chilena, que es una emblema patriótico y ha sido una paradoja, porque siendo el más conocido de nuestros cuadrúpedos silvestres por el nombre y su figura representada en el escudo nacional, que todos hemos visto siempre, son muy pocas las personas que han podido verlo vivo y de cerca. De modo que aún hasta hoy está en una atmósfera de fantasía y de verdad, siendo al mismo tiempo muy conocido y muy desconocido.

Antes, y tal vez por la apreciación del Abate Molina, que lo hacía relinchar, se le figuraba con cola de caballo, ya que como tal se le estimó.

Algunos lo dibujaron con un cuerno, lo que así resultaría de la posición que de lado presentan los dos cuernos, uno delante del otro, y esto siempre que aún no hubiese nacido el segundo pitón en cada uno.

Cuando en alguna época del año no se veían con la frecuencia normal, en las regiones que habitan en el sur del país, los imaginativos decían que se refugiaban en la misteriosa ciudad de los Césares, que sólo ellos habían sabido encontrar y habitar como en un refugio seguro, suponiéndolos medio fantásticos y medio reales.

A contar del año 1792 en que el Abate Molina lo llamó *Equus bisulcus*, hasta 1909, esta especie cuenta con 25 nombres en su sinonimia, los que se repiten o aceptan entre los 49 autores que se han ocupado del huemul.

Siendo el nombre de *Hippocamelus bisulcus*, dado

por Leuckart en 1825 el aceptado hoy por la ciencia.

Y de entre los varios nombres vulgares con que se le designa, los más comunes son: *Huemul*, *Guemal*, *Trulá* por los araucanos y *Shoam* por los teguelches.

Las medidas mayores que corresponden a este ciervo, son: 1.67 mtr. de largo y 1 metro de altura hasta el lomo.

El Museo Nacional posee cuatro ejemplares montados: tres machos y una hembra. También un esqueleto armado.

La expedición Osgood, enviada por el Field Museum de Chicago a nuestro país en 1923, obtuvo en la región del Aysen tres huemules: un macho y dos hembras.

El huemul, como casi todos los animales chilenos de alguna importancia industrial o económica, van en decadencia por la guerra de exterminio que se les hace, sin ninguna consideración, lo que he tenido oportunidad de decir en el seno de la Academia Chilena de Ciencias Naturales y repetir en esta ocasión.

Este ciervo, como su congénere el Pudú, no van en aumento sino en disminución.

En 1897, me decía el Sr. Clemente Onelli, miembro entonces de la Comisión de Límites Argentina y Director del Jardín Zoológico de Buenos Aires después, que en sus muchos viajes y excursiones por las cordilleras del sur del país, no los había encontrado en la abundancia que erróneamente se decía, ya en lecturas, referencias e informaciones, y que la caza constante que se le hacía en todo tiempo posible, debería terminar con una progresiva disminución hasta llegar al exterminio de ellos.

Esta fundada suposición del Sr. Onelli, hoy es una verdad, porque se ha asegurado que ya son bastante escasos, no por vivir en lugares apartados, altos o inaccesibles o muy distantes, sino por la caza de exterminio que se les ha hecho y se sigue haciendo.

—No olvidemos que es un animal valioso como especie e interesante como emblema.

Cuando las espadas de nuestros próceres mostraron al mundo un Chile independiente, cuando se constituyó una Patria libre, el cóndor de los Andes, indómito y majestuoso bajó desde las alturas del espacio, y el tímido y manso huemul abandonó las asperidades de la montaña solitaria, para venir ambos a situarse uno a cada lado de nuestro Escudo Nacional.

El rey del aire y el modesto y bello ciervo, príncipe encantado de la nevada cordillera, se convirtieron en las figuras arrogantes y herálicas que realzan nuestro escudo; el más artístico, el más emblemático, y para mí, el más hermoso de los escudos nacionales.

Aboguemos porque no desaparezca el gracioso ciervo de nuestras selvas y precioso representante de nuestra pobre fauna. Que no quede al fin como especie extinguida inmóvil para siempre en el escudo. Que podamos también verlo vivo corriendo en sus montañas o conservándose al amparo de un parque nacional y de leyes protectoras.

